

La casa que me habita

Wilfredo Carrizales

http://www.letralia.com/ed_let/casa

Editorial
Letralia
letralia.com/ed_let

Colección Narrativa
Internet, junio de 2006

Escribir es un arte

pero también es un oficio y una profesión. El poder de llevar la creatividad al nivel de una obra maestra encaja en la primera definición; el manejo apropiado de herramientas en la segunda; corresponde a cierto carácter de escritores intentar que la tercera se desarrolle en un esquema que no interrumpa al arte ni al oficio.

Uno de los objetivos últimos de la literatura —obviamente, no el único— es publicar. Ver el propio nombre impreso puede ser alimento para el ego, pero también es la culminación de un proyecto que tuvo en un principio sus planos y coordenadas como cualquier otro.

Pero el mundo está cambiando y el papel no es soporte suficiente para la inquietud humana. En un lapso relativamente corto, el nuevo medio de comunicación que es Internet ha entrado en nuestras vidas y las ha revuelto, provocando rupturas en las fronteras de los paradigmas y concibiendo novedosas manifestaciones en todos los órdenes. La literatura no ha escapado a ello.

Para respaldar la obra de los escritores hispanoamericanos, la revista Letralia, Tierra de Letras, ha creado la **Editorial Letralia**, un espacio virtual para la edición electrónica. La **Editorial Letralia** conjuga nuestra concepción de la literatura como arte, oficio y profesión, y la *imprime* sobre este nuevo e intangible papiro de silicio.

Los libros que conforman las colecciones de la **Editorial Letralia** en los géneros de narrativa, poesía y ensayo son en su mayoría inéditos. Se acompañan con magníficas ilustraciones de artistas contemporáneos, muchos de ellos también *inéditos*. Pueden ser leídos en formato de texto o en HTML, y cada uno tiene su propio diseño. La tecnología le permitirá no sólo leer el libro que seleccione, sino además comentar con el autor o con el ilustrador sus impresiones sobre el trabajo.

La **Editorial Letralia** *imprime* sus libros desde la pequeña ciudad industrial de Cagua, en el estado Aragua de Venezuela. Nació en 1997 como un proyecto hermano de la revista Letralia, Tierra de Letras y es la primera editorial electrónica venezolana.

Reciba nuestra bienvenida y siéntase libre de enviarnos sus sugerencias y opiniones. A los escritores que nos visitan, les animamos a participar de esta iniciativa con toda la fuerza de sus letras.

Presentación

Enamorado de una mujer cuyo nombre tiene resonancias indígenas, el poeta que funge, a la vez, de protagonista y narrador de este libro, describe, con una delicada prosa poética, los avatares de su amor en un intenso recorrido por la casa que representa el conjunto poético y la pareja de amantes. *La casa que me habita* es uno de los más recientes libros del escritor y sinólogo venezolano Wilfredo Carrizales. Construido en forma de breves retazos, es un canto al amor como fuerza telúrica y cobijo de los amantes.

Nacido en Cagua, estado Aragua, en 1951, Wilfredo Carrizales es poeta, cuentista, fabulador de textos breves, minicronista, actor monologista, sinólogo, traductor, editor, conferencista y animador cultural. Entre 1977 y 1982 realizó estudios de la lengua china, clásica y contemporánea, y de historia y cultura de China en la Universidad de Peking (1977-1982). Desde septiembre de 2001 ejerce el cargo de agregado cultural en la Embajada de Venezuela en la República Popular China.

Este es el sexto de los ocho libros publicados por Carrizales, y el segundo publicado en los anaqueles virtuales de Editorial Letralia, donde desde 2003 nuestros lectores pueden leer la versión digital de *Textos de las estaciones*, publicado también en formato impreso en 2006. Además ha publicado los poemarios *Ideogramas* (1992), *Mudanzas, el hábito* (2003), y *Desde el Cinabrio* (2005), el libro de relatos *Calma final* (1995) y el libro de prosa poética *Postales* (2004). Carrizales, quien también ha publicado varios trabajos de traducción literaria, es una de las firmas exclusivas de nuestra Ciudad Letralia, donde publica sus textos bajo el título común de “Muesca”.

El libro que hoy presentamos en la Tierra de Letras es una versión digital del original, publicado en 2004 en Pekín, en una cuidada edición impresa de la que hemos tomado las magníficas ilustraciones de Zhou Qiong.

Jorge Gómez Jiménez
Editor

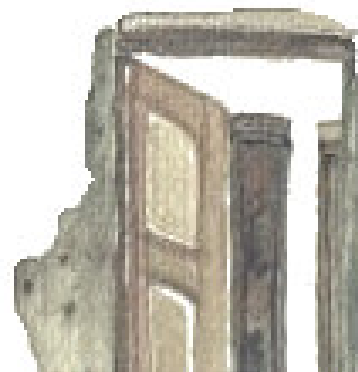


La casa que me habita

© 2004 Wilfredo Carrizales.

© 2006 (primera edición electrónica) Editorial Letralia
http://www.letralia.com/ed_let

a Ayari



I

La casa abre su muro exterior: la abertura precisa para que ingrese el garbo y la mirada alerta de una mujer con nombre de resonancia indígena.

Los helechos se trepan a la cabellera de la visitante femenina y la brisa nocturna viene al encuentro de ella para aligerarle aun más el caminar y entronizarla en su lugar que la aguarda ansioso.

Las paredes internas de la casa despliegan sus portentos de luces, candelabros y máscaras. El lejano oriente acorta distancias flotando en instrumentos musicales nacidos de materiales primigenios. Un estrechamiento de cuerpos detiene el avance de la noche y miles de besos se posan en la espesura del eros y su arcano.

Intima la casa con la mujer y le convoca plácidos sueños en alfombra de antiguos cuentos. Su fino perfil de hembra que apenas gime se va transformando en luna creciente y la luz es tan intensa que la casa se ha puesto a girar.

II

El reloj de pared decide cada noche dar sólo un número determinado de campanadas. A esas horas, salen de sus escondites las sombras de un tiempo impreciso. Bajan por las blancas paredes, desde distintos puntos, y se congregan muy cerca de la caja del reloj. Observan en detalle el movimiento del péndulo. Luego calculan el momento exacto para desaparecer absorbidas en los confines de zonas olvidadas.

Las lluvias sobrevienen al ser atraídas por ese insólito fenómeno. La casa aumenta su temprana exultación y detecta la celeridad de los principios celestiales. A medida que se acerca el límite pluvioso, un como trepidar conmueve los cimientos de la casa. La eficacia en poner su fortaleza hacia un impulso que trasciende queda una vez más patentizado.

Los charcos de agua son tan transparentes que el propio jardín se mira en ellos y descubre otra juventud.

III

Los sábados la casa se hace distante por dentro. Recorro a un recóndito valor y recorro, palmo a palmo, la lejanía que ya no pretende regresar. Descubro (como si nunca antes hubiese sucedido ningún descubrimiento) un derruido rincón en un patio postergado. Hito y frontera de nostalgias.

Los muros han escogido envejecer y en esa vía van desmoronando orgullos y antiguas naturalezas con sus respectivas prosapias.

Por allí siguen transitando incesantes alarifes de un oficio de sueños y de tierra, cal y cantos y piedras mixturadas.

Se siente la presencia de la argamasa nutriendo a los ladrillos. Huelga decir que sobran los atisbos de pálido azul y grises que son mordiscos en las texturas.

(Una cabellera de paja pretende exornar la indestructible cabeza del muro y las futuras lluvias recuperarán los verdes que entrañablemente defendimos mientras fuimos niños).

IV

Las flores de azahar establecen el principio de la casa y su importancia redonda más allá de un simple espacio limitado por el viento y los pedruscos del terreno.

En pleno florecimiento, la casa eclosiona y su savia terrosa se revela en tejas de imprescindible cobertura, columnas de paciencia monjil y plegarias para enlazar las maderas.

Bajo otra época la casa se movió siguiendo los redondeles que le trazaba el grillo reidor del amanecer.

Juguemos —decíamos entonces— a inventar la importancia de los arbustos que desconocen su precocidad. Juzguemos —afirmábamos otrora— la magnificencia de los aromas y recojamos en los vergeles las auroras enarboladas en nuestros cometas.



V

Hay ruidos de pies descalzos en los umbrales de las puertas. La tierra incita al polvo a profanar la inusual ternura del piso segmentado. Hay ruidos, también, de pies que, en tiempos mejores, una vez estuvieron bien calzados. Cuelgan boca abajo los recuerdos pendientes de trenzas y la brisa los mueve al penetrar silenciosamente por las ventanas que se abren a los misterios mayores.

De manera permanente, los gruesos paredones persiguen la albura donde proyectan sucesos remotos para regocijo de mis ojos que ya todo lo esperan.

Los sueños no pueden irse cuando quieren. Bueno resulta mostrar un poder que se esconda en cada esquina, pero los mensajes que con constancia envía la casa deben ser llevados a feliz término.

(Un gallo llega a la casa y las mañanas cacarean al divisar los blancos huevos que ruedan gozosos sobre la hojarasca).

VI

Un tordo merodea alrededor de una de las almas de la casa. Tal asunto suele ser permisivo si la levedad se pone de manifiesto bajo circunstancias extraordinarias. De lo contrario, un negro sino se apropia, irremediablemente, del espíritu que la casa guarda con celo en su recóndito origen.

A veces, aparecen manchas pardas o rojizas en los intersticios por donde se escapan los sueños y luego, una premura parece entorpecer el natural avance de la casa hacia otros confines más pletóricos.

La tierra de los patios entonces, hurga un único destino que la justifique ante los ojos de los visitantes.

VII

La casa que me habita bulle y se agita por todos y cada uno de sus costados. Me creo merecedor de sus bondades y me comprometo a ser testigo veraz de los acontecimientos que la tornan viva y palpitante.

De improviso, recovecos y rincones de la casa quedan abiertos y dejan huir a innumerables objetos, muebles y diminutos huéspedes. No pierdo detalle del evento; no extraigo ninguna conclusión errónea. Escruto y me escruto.

A simple vista, este hecho portentoso disfruta de la aglomeración de antiguas pisadas y del continuo transitar de esperanzas circunscritas por el cerco de las paredes.

Dando un veloz vuelco, en los inmediatos días la casa desplegará sus aires y gravitará sobre los espacios que atestiguan todos los pormenores.

VIII

La plenitud de la casa no se detiene. Ella intuye la cercanía de la gran puerta orientada hacia el giro lúcido de la veleta.

Bajo el entramado de las vigas, la vida hogareña transcurre en la contemplación de la luz cenital, alta en su persistencia. Sin embargo, la claridad sólo le es dada a quienes se atrevan a cruzar los umbrales interrogadores de la edificación.

Con hueso y calcio las paredes enaltecen la subida que las pondrá al mismo nivel de las enramadas donde se detiene la luna.

IX

A los gatos los seduce la casa, su calor aquiescente. De noche, en medio de la blancura de las paredes, el mejor representante de los felinos reivindica su fuero y exige ambiente muelle al lado de abundante comida. A cambio, deja cierta parentela.

Se asevera que algún espíritu protector de los gatos acude, constantemente, a la casa en procura de bienestar para la cofradía maullante. (Cuando el espíritu ocupa el ámbito doméstico ronroneo y como los alimentos eróticos del sueño).

Hay un pan de almizcle aromatizando el hambre de la casa en tiempos acuosos. Entonces, me presento ante el Consejo de los Felinos y expongo mi altivez y mi humildad gemelas como ofrenda a la magnificencia de los dueños del hogar.

X

En la cocina la casa se desborda en hechizos y las ollas y los sartenes regresan a los tiempos de la alquimia. Brotan por los aires leguas y siglos de sabiduría aromática: clavos de olor para fijar las ventanas de los sentidos; canela útil en la navegación de los gustos; nuez moscada en la frontera del paladar, incitadora y sensual; jengibre, amoroso pasajero hacia el ideal clímax; ajíes del arcoiris...

El mundo comestible salta tras el aceite y el encuentro se lubrica en la comunión de chispa y crepitación, salpicadura y brillo.

La casa muta en fenomenal comida cada una de sus entrañas y así hace propicio el deleite de llevarse a la boca otra boca que aguarda y unos labios que expresan el deseo tiñéndose de uva al filo de la medianoche.

(Dueño de su sabor el gallo se cuece de madrugada en una mezcla de vinos y anuncia ebrio la hora de las caricias).

XI

Despliega la noche la mujer con su larga y negra cabellera y de sus dedos saltan al mínimo cielo de la casa abalorios de estrellas. El piso se siente enaltecido por el sublime brillo y un revelante espejo aparece para agrandar los besos que nosotros, los amantes, hemos seleccionado.

El ámbito donde descansa la casa se amplía en lo sensual, siendo la música su esencia y su deseo tiernamente contenido.

La mujer dice y afirma del encanto que siente. Yo me plazco en dejarme caer entre sus ojos y sorber la piel de su aliento. Mientras tanto, la casa no ha cesado de inventar instrumentos de brisas, de sombras y de innegable contento.

Para cerrar la noche despierta, la casa me ordena escribir sobre la cintura de la mujer de firme prevaleciente, versos hombres de versos, con mi barba amatoria y rica.



XII

Hace la casa maravillas de tantos gemidos y besos. De sonrojo en sonrojo, los sábados se tornan en noches que descubren el frutecer de amores antes remotos.

Mi escritura persistente sale en busca de Ayarí en el aire deseable y me siento caer de hinojos para ondear con el tiempo de los viñedos embotellados.

Sonríe en mí la casa y la sonrisa inventa una imprenta táctil. La coloco entre sus senos de niña para que se multipliquen los textos donde se recogen las urgencias de las caricias lectoras.

Confieso que es un vivir continuo su cuerpo por dentro. Asombro de ternura y devoción desparramadas en la profunda humedad.

La casa me indica el punto más turgente de su nombre femenino, donde mi dedo corazón deja una audaz marca. Así recorrí en cada momento los espacios exaltados de la vida compartida.

XIII

Heme aquí en la casa que me enaltece en albura y me obsequia a plenitud estas manos mías de niño. Puedo irradiar, desde cercanos entonces, caricias hacia unos senos de infanta descubiertos en la horizontalidad amorosa de la noche y su tictac.

El reloj une un cero superior a uno inferior e inventa una hora octava para que la puerta de calle se abra y permita entrar a Ayarí desprendida de luna y traje selenita al máximo blancor.

La casa incrementa el brillo de la cal y la tiza en procura de un ambiente cálido para dos almas mutuamente atraídas.

El día copula con la noche, ambos enmascarados como gatos. Ruedan complacidos sobre racimos de uvas oscuras y claras y los maullidos burbujan en el tránsito hacia la maceración del vino.

Ayarí bebe el vino del gato negro y besa la barba de su poeta, mientras la noche asiente y no pasa.

Ayarí sorbe el vino del gato blanco y el poeta posa sus labios bajo su ombligo, al tiempo que la madrugada dispone espléndidos abrazos.

XIV

La casa absorbe las aguas contenidas en los rocíos zodiacales. Acontece que un gran acuario se instala en los predios de las tuberías y comienza a fluir pescados peces en busca de mágicas recetas.

Se moviliza la miel y empuja al limón dentro del sartén, donde el oro tiene aletas y escamas, pero carece de agallas para mejor voltearse. Dorado en su nombre, sale del aceite y sube ostentoso al plato. Uvas de mar le custodian el aroma del itinerario recorrido.

La mujer que persiste en llamarse Ayarí entorna los ojos de mirar milagros y esboza una sonrisa hecha de emoción para el paladar. Dentro del pescado voy yo: carne provocativa y dulce, tierna espina, mucho corazón...

Me saborea esta mujer de exquisito apetito. La lleno, la inundo, la dulcifico y amarino su gusto. Nado en su vientre amplio de fluidos y mareas; eyaculo millones doraditos con alas de abeja y sargazos.

Lentamente me exteriorizo en el rojo feliz del rábano jugueteando libre sobre la anchura verde del padre de los berros. Soy ahora bandera vegetal y bicolor en sus labios enarbolados por el viento enamorado de la casa que no pretende cesar, ni cejar, en este contundente empeño.

XV

El enorme gato es fiel testigo y por eso cuelga de la pared. La casa le ha asignado tan importante tarea. Da su testimonio escrito el gato. La casa redacta las noticias y la mañana dominical pregona en todas sus paredes los eventos amatorios que convirtieron la noche en inextinguible llama de vela.

El periódico ahora es la casa. Lo proclama la primera página encima del vano de una puerta: “Amantes no sucumbieron a la noche y fueron madrugada y nacieron diurnos de intemporales amores y placeres suyos”.

La mañana del domingo cierra el ciclo y vuelve a sumar ocho como cuando algún dios olvidado intenta desglosar el concepto múltiple.

No viste de sueño la mujer porque ha sido amada y ella también amó y desnudó al hombre en un real soñar para que la volviera a desear despierto.

La mujer abandona lentamente la casa. Los helechos se alargan para admirarla y robarle algo de su peculiar certeza en la acera por donde evoluciona el amor.

Dos bocas se juntan en la despedida y, a la vuelta de una semana, la casa tendrá para ellas enhebrados los besos y dispuestos los ámbitos adonde los labios serán de nuevo fiesta y canción.



XVI

Las vigas de la casa piensan en la palabra alcayata y, de inmediato, dos pequeños redondeles de hierro penetran las maderas.

La noche, ese reptil colgante, se manifiesta de extremo a extremo y decide pender, en oscuridad casi total, para cobijar a una mujer perseguida por los soles costeros. Del norte llega el azul del mar y el este dona lo rosáceo, afín al crepúsculo. (La hamaca se inventa y es inventada. La urdimbre termina por seducir a la mujer y la convoca a su interior).

Desde el siglo XIX, impromptu, Chopin arriba con su piano. Ayarí respira nocturnos y, sin más preludios, vuela en las alas del ave polonesa y salva los abismos.

El piano exhibe las teclas en cuyo ámbito se tensa el amor y los pentagramas nacen desde el fondo de la pasión que resuena.

La casa torna músico y romántico al poeta, quien aprovecha para repartir a su altura los sueños y ofrenda un beso, humanamente labial, en la cruz erótica que Ayarí a sus anchas desplegó.

XVII

Por las bocas de las perras insistentemente ladra la noche de la casa. Lo consigue porque le sobra pasión en reconocerse como un tipo elevado de animal, sombrío y luminoso.

La casa, en todas sus épocas, supo ladrar y atraerse la embriaguez de la luna llena. Nunca pretendió amilanarse ni esconderse en la espesura del pelambre blanco.

Indeclinables compañeras son en las actuales circunstancias la casa y sus canes guardianas. Exaltan los amores buscando observatorio sobre la hojalata del relente. Poseen el mérito de un eximio valor que las coloca de frente a la temporalidad sin transición.

El jardín de la casa colecciona verdores y los ilustra en álbumes de páginas con sabor a añeja impronta. Tal vez acaso un sí rotundo nutrió de esplendores las ramas pajareras y las dimensiones de los frutos en agraz.

La casa en proceso continuo engendra otra casa. El hombre que las habita se ingenia un especial pensamiento y éste se vuelve mujer. La mujer susurra el aquí estoy y quiero que hagas conmigo la plácida abertura del medianochecer para que titilen las nuevas estrellas y sea cúlmen el trasegar.

XVIII

Ciertas noches de brisas o céfiros mensurables la casa se siente nao barcina y hace crujir las cuadernas porque pretende navegar sobre las corrientes subterráneas de su propio destino.

Me provoca la casa con el despliegue de gruesas velas. Subo al mástil imaginado para ser capitán en medio de la ventisca y de bandadas de pájaros poetas. Diviso la estrella polar y tengo la certeza de que bajo su luz la mujer se ha vestido una vez más de blanco. Aborda ella la casa navegante con orgullo de corsario.

El cuaderno de bitácora y poesía permanece abierto en las páginas que prevén la perentoria llegada de la audacia femenina a bordo. En el puente de mando acepto la orden del beso y labios y lengua y dientes forman la rosa de los vientos en el seno más exaltado.

Un solo camarote (ausente el ojo de buey) aloja a la suficiente tripulación: la capitana y yo; yo y el cordaje marinero; la capitana y sus deseos de sudor y sal ; yo y el emergente golpetear de una ola de licor...

La casa navega hacia lo más profundo de la noche y la pareja de amantes enreda sus cuerpos en pos de las tenazas de los cangrejos en celo.

XIX

Oigo el palpar de la casa en su savia que se desplaza de pared a pared, en la onda avasallante de la fuerza protectora.

Se denomina casa (haus, maison, house...) por lo rotundo de su misteriosa cohesión y la capacidad de acogernos en el vientre vacío para llenarnos y convertirnos en réplicas humanas de sí misma.

Habito mi casa interior y soy huésped y señor de músculos aptos para la ternura y nervios que se erizan cuando llaman a la puerta.

Anfitrión en el cuerpo-casa hospedo a la mujer que por ser regional crece universal y engrandece los aposentos del buen gusto y del buen oler.

Vasta, muy vasta, se dimensiona la casa tras el muro indoblegable y presto a la equidad. Ruedo por el patio, desnudo y sobrio, en señal de entendimiento y simulo medir el tamaño de la expansión. En realidad, yo también quepo en mí, que es como decir casa o teja con flor para guarecerse o cubierta de amorio y sosiego.

Me enaltece la casa cuando se autonombra en vocablo ayarí y puedo ingresar por sus palpitantes puertas y emerger a través de sus ventanas para fortalecer la estructura suya con un pegamento húmedo y exquisitamente varonil.

XX

Las puertas de la casa se abren en sucesión y la línea recta las ha preparado para que ejecuten sus destinos al permitir el paso de músicas, imaginarios verbales y una atractiva mujer, quien a ratos enmudece y viaja.

Es el aire energético emanado por la planta de la casa el que hace converso y perenne al estro emocionado de la poesía. Brilla en cada rincón siendo fanal en su estallido.

Una silla mecedora organiza el ligero vaivén de la casa. La mujer aposenta la exaltación plena en su cintura de ánfora. La libación del más excelso vino acontece en los territorios lúbricos del beso. Casa y vino y mujer propugnan un minúsculo país a la medida de noches sin término.

La casa no pretende adioses ni separaciones bruscas. Sólo las tempestades de la poesía caben en su necesidad de cuerpos y almas para gravitar.

Buena la casa con la mujer buena y el poeta amante duplica su corazón para que la mujer prolongue en él su estadía y sea casa y la casa sea mujer aun más en la pasión por el hombre soñador y sutil.

XXI

La especial tarde de un sábado palpó sus diecinueve impulsos vegetales y un fastuoso dominio del verde se volcó sobre Ayarí en deseo y bienvenida.

La casa ratificó las alegrías al sentirla y tenerla dentro con aromas y fragancias de orquídeas impregnados en su cabellera.

El poeta expandió el pecho para que la mujer descubriera el bosque de palabras plantadas allí. Ayarí leyó con avidez sirviéndose de los labios inmensamente íntimos y su corazón imprimió los poemarios.

Luego, la casa ofició la hechicería del condumio y de la marmita emergió piscis, duplicado y borracho en ciruelas, con su séquito de camarones erotizados. A su lado, la campiña se hizo presente en el brillo morado que se agitó muy sensual tras el baño de perfumes. Completó la tríada la imitación frutal del mundo, preñada de colores al gusto.

La casa arropó a los amantes-comensales con su decisorio encantamiento y sus bocas se encontraron en lujuriosos sabores y las caricias extendieron la hora de la entrega al posar sobre un desnudo seno el adiós que no se consume.



XXII

Alta, sentada bajo la lámpara de taparas, Ayarí se ilumina a sí misma y me convierte en su reflejo. Ella mira la luz y es agua suspendida lo que ve.

Alta, erecta en mi tiempo, del tamaño de sus ojos deseantes, regresa de cercanas montañas y su alegría vuela entre los cocuyos que brincan sobre la pimpina.

Alta, segura en el espacio del jardín, a través de los helechos que cuelgan de un pedazo de cielo, camina ella consagrandone nuestra primavera.

Se aleja con un sol de leves brasas y con la promesa de calentar en su seno a la mañana que la contempla y se extasía.

(La casa la observa partir y se nutre aun más, en soledad, del alimento que deja la nostalgia).

XXIII

Frente a la botella de vino tinto, dos pescados niegan la tristeza y piensan que la mujer de senos de niña debería comer desnuda y mostrar su apetito solar.

Del estío la casa ha pasado a una estación húmeda y fresca y el cambio recuerda, dulcemente, el florecer del musgo en la vereda de la luna.

El tejado se ahonda como una vagina entrelazada por los signos machos del cielo. Se oye su fragor de fluidos y de tiernos sonidos. Lo sentimos rojo por ser el color de la lentitud, la fortificación y el enaltecimiento.

Cual un estandarte de la proclamada vida, Ayarí ha desplegado un beso grande en mis labios señalados por la miel y por la espera.

XXIV

Sobra el fenómeno multicolor cuando invita la mesa señorial a la cena que seduce. Las horas ensanchan sus complicidades y la vida dentro de la casa ordena una prórroga para que los amantes se fusionen y sea uno solo el jadeo.

El poeta quiere, ante todo, esbozar una autobiografía mínima, donde lo más excelso y amoroso quede escrito sobre el pubis depilado de Ayarí-hembra y mujer-niña.

Ante su desnuda presencia me evado a otro mundo y fluyo en el palpito de los corazones acelerados y corro entre vellos humectantes, tan entero y cierto de mí que el presagio de la noche enmudece con mi canción.

(La casa también se despoja de su vestimenta prescindible y trota en el camino del viento como si fuese un suspiro blanco de Dios).

XXV

Esta noche puse en libertad a los indómitos versos. Junio giró la cabeza y recordó que el cielo bajo el tiempo no había mutado. Un tintineo de voces despertó a la casa y ella consultó su reloj para cerciorarse de que los granos de arena eran los mismos.

El barco de la noche atracó ventanas afuera. Trajo en su bodega la promesa fiel de los próximos meses y flores y uvas frescas para chuparles sus furores. Se nos colmó el pulmón bisiesto de la fragancia que el sándalo elevó en su celebración.

Los días todos de la semana se autonombran sábado y entonces Ayarí acude a la casa de siete puertas para que el poeta le organice un apasionado periplo, con la expresa constancia de que descubrirá el amor nocturno imbricado entre las sábanas.

La casa supo del encantamiento de Ayarí porque una areola de chocolate enriquecido le circundó los pezones.

XXVI

Si supieras, le dice la casa a Ayarí, que existen hilos que enmadejan la vida e ignoraras quién dispone la aspadera.

Si conocieras, le afirma la casa a Ayarí, a los animales de fuego que calientan las mañanas, arderías con llama lenta y permanente y no te consumirías.

Ayarí piensa que la casa trata de transmitirle profundas verdades y queda un exiguo momento, en ausencia, intentando asir lo ignoto.

(Su poeta la observa desde un cercano tiempo emocionado y su nombre se le transforma en barba que crece para envolverla y gozarla).

Ayarí abraza al poeta y le alborota y le sopla el cabello. Calla su silencio para enunciar el único sonido de los besos. Muestra su pecho a la alegría de los dedos suaves. (Siempre un piano se oye, al fondo, copulando con sus partituras).

La casa quiere que Ayarí quiera y que anide la lengua de plumaje rojo en la abertura dispuesta a mutar el aleteo en intenso vuelo orgásmico.

XXVII

Las tardes sabatinas me acrecientan los sentidos terrenales. Perdido en medio de mis hermanos los helechos ocupo a una de mis visiones en localizar a Ayarí. Luego, la traigo a casa, la casa que le es íntima.

Cambio de ropa ante ella y no lo descubre. Me peino al revés y ella vuelca su cabellera sobre mí, futurándome. Creo que me sumo en la matriz de la negritud y cuando emerjo, me manifiesto niño necesitado de sus pechos.

Por momentos toco su ombligo. Lo noto de flor extraordinaria hacia adentro. El cuerpo se me turba y da mi corazón un rebote en las paredes. Allí se enmascara. Como diablo negro y travieso se deja caer liviano —hoja de libro pornográfico— entre los muslos de Ayarí que lubrican un esplendor.

Después, los tres, la casa, Ayarí y yo, jugamos a la ronda de los desnudos cuerpos.



XXVIII

Descubro el color de la lujuria hospedado en las pupilas de Ayarí. El perfume de rosas de su pubis atento flota en el éter que la casa emana. Quiero que ese perfume sostenga a la casa, sea su pilastra de perfección.

En este mes de descomunal deseo la casa me ha otorgado un corazón accesorio. Me tomo como un ser perdurable y en un abrazo se lo transmito a Ayarí. Su cuerpo se inflama y resulta notorio la ausencia de una hoguera.

Pienso en su cuerpo desnudo que subyace. Más veranos cabrán en él. Yo los convoco desde tórridas distancias y los alojo bajo su vientre. Un serafín de candela me quema. Me afirmo en su vulva que prorrumpe en magma y pone un rótulo sobre mi visión.

La casa, mientras tanto, procede de velas en circulación y luminaria y magnifica las pieles en su regocijo y en su sudor.

XXIX

Determino que al despertar junto a Ayarí la luz del patio en la mañana sea una clara voz que traiga la semejanza de una gallina en su nidal. La casa se des-pereza y ahueca sus alas para servir el desayuno de las posibilidades. Los hijos de sus amores se nos suben, en tropel, al colchón y las risas confirman nuestra herencia. Sin huesos en el alma desfila un sol para dos.

Habitamos la casa a todos los niveles. Nuestros ombligos se envían señales desde sus buhardillas invisibles. Un sueño telegrafiado vendrá sin previo aviso.

(La memoria de la casa abre su puerta de gratitud y permite adentrarnos por los pasajes donde aún se escuchan llantos de niños al nacer o quejidos de ancianos que se derrumbaron o el resonar de cubiertos sobre platos de peltre o el relincho de viejos caballos de cuartel...).

Nos entregamos al disfrute de la casa y nuestros dedos se entrecruzan en su recorrido hacia los muslos. Gotas de estrellas resbalan del universo de nuestros sexos y las cinturas rutilan con el fenómeno que provocan.

XXX

Lo dice el poeta y la casa lo secunda.

Ayarí es una flor joven de exuberante manifiesto. Su suave estruendo toma del tiempo lo que requiere y engrandece. A ella la sigue un rebaño de promesas y lo perentorio acaso compromete un quizás.

Ayarí también se sube al mundo porque le agrada girar al compás de las esferas. Si una lluvia, de improviso, descendiera, con seguridad, una risa le ampliaría el horizonte de las aguas en calma.

La casa posee su música para crecimiento de sus habitantes. Ayarí lo sabe; la casa la penetra. El poeta se abre a Ayarí y se declara estanque o pozo o tinaja llena para ser bebido. Moja Ayarí sus labios y un toque de viento del solar la empuja hasta el fondo. Cuando arrecia la hondura y la sed aprisiona, el poeta llama desde su pecho añorado y Ayarí le da a beber su leche o su miel en su cuenco ciudadano y sus pezones tararean la comprensión.

Emplea su primacía la casa y siendo la anfitriona que se eterniza torna huéspedes a los amantes para que consuman la algarabía carnal.

XXXI

Junio llega ante la casa montado en su animal de agua. La casa tuvo sed y la sació con sus cerraduras atesoradas. Ahora la casa ama a la mujer de paso rápido y muslos adolescentes. Junio la convence y la atrae adosada a un pedazo de cometa. La casa se fragiliza. El poeta la ayuda y ambos se fortalecen. Ayarí se emociona con voz secreta. Frutos y caramelos atardecidos otorga el hombre barbado a la mujer que ama el mar. Yo también amo al mar y los ojos de las gaviotas y un trozo de madero en la playa.

Me enaltece el deseo que siento por Ayarí. Se lo confieso a la casa y ella lo comunica. El deseo mío fecunda su cuerpo, vuelve más ferviente su desnudez, sus pupilas se disparan en bandadas, su respiración encabrita los luceros y esta mujer me desborda su cariño arrastrado por la ola del encantamiento vital.



XXXII

Acariciar un largo pelo negro, un suspiro ardoroso de azabache, en medio de las miradas que una mujer de esta índole va ensartando con deleite. Ayarí se encuentra siempre tras los gestos de la noche en ciernes. Su gallardía se expresa más cuando la estatura descuella a la hora de intercambiar besos: ella, de pie; el poeta, sentado y laxo.

La casa recopila un sinnúmero de instrumentos musicales y forma una orquesta, un bosque sonoro y clásico. Los amantes se ven directamente a los ojos; adivinan la sustancia ardiente que se quema en las entrañas del sábado. No hay cabida para el dominio de la tristeza ni destino furtivo. Todo es una pareja de cuerpos a la espera del estruendo que conyuga.

Otras latitudes lentas, las de la cama, preparan con fruición los mejores amaneceres, donde los muslos conversen acerca de los requiebros y se cuenten los secretos que dimensionan los privilegiados amores.

XXXIII

El jardín de la casa procrea sus propios vientos. A veces una tenue evaporación forja un puente áqueo y hace cruzar al día más sabático para que la casa se distienda en alborozos. Se le ilumina el ámbito al saberse sustancia de mujer gloriosa.

En tales circunstancias, hemos venido al encuentro, Ayarí y yo, con la temporada del crecimiento acelerado de las frondas. De inmediato, un beso que se prolonga y que me deja para la semana una estela de mujer amante, confidente del sábado.

Toco su corazón con tres dedos y le confieso el gusto que me daría si hiciera de mí su manjar, su ambrosía de carne. Arde su boca; me cocina su fuego esmerado.

La tarde inaugura los sucesos de los pechos inundados y cada acuciosa caricia tremola de ondas que se mueven en la piel, de un costado a otro costado.

Los sabores todos de la casa, dulces mordedores, cubren a los amantes de convicciones para que los imaginarios de los cuerpos ayuntados se resuelvan en múltiples rumbos.

XXXIV

Ayarí toma mis ojos en sus manos y los baja hasta la estrella ardiente que rasura su pubis. Ya el ígneo recodo ha puesto a transitar la sangre de los trópicos. La majestad del escenario se fragmenta en su propio beneplácito y alegría.

Se oye en las corrientes de aire de las tardes el sonido emergente de mi pecho. La casa presta mucha atención y escucha con pausada sabiduría, porque la duda en obtener una exacta conclusión no encaja en su signo.

Ayarí hace de mi pecho exaltado un piano en miniatura. Desnuda, se acuesta, boca abajo, sobre él. Brotan nocturnales, mientras las teclas blancas introducen su semen y las negras estampan un beso oscuro.

Al acercarse el obligado sueño del reloj, logramos ascender, verticalmente, desde el delicioso vértigo y concebimos un corro de caricias donde intervienen casi todos los dedos, la mitad de los pies y la movilidad de las lenguas.

(La casa nos espía desde sus ventanas y le caben las blancuras de su ser en el siempre sorprendente acto amoroso. Enigma y enunciación la modelan).

XXXV

Sé lo que busco por el límite del cuerpo de Ayarí. Sé qué se hace su piel en el teatro sin sombras de la noche. Conozco la corriente rápida que fluye por sus senos y siento el batir de sus alas de niña en la madrugada tranquila.

La casa nos ha donado un espejo y en él se refleja el agua enardecida de nuestras existencias. Dentro del espejo un azul calla para narrar en silencio los eventos.

De la mesa manan flores y se hacen ramos para la grata compañía. Ayarí metamorfosea sus mejillas en pétalos, despacio, como grana fina sobre su altura.

Puedo morir con mi dedo índice recorriendo la columna de Ayarí y resucitar de oro en forma definitiva, dejando que la noche instale el brillo más elocuente sobre sus nalgas de musa y nobleza.



XXXVI

La pasión por Ayarí se acrecentó al percibir el aroma del mar en su piel, vestigio de su último baño. Su figura paseó a lo largo de la playa y un tributo de frutos marinos alimentó su deseo de fósforo y llamarada.

Durante la noche de un sábado ingresó a la casa. Se abandonó a su protección y comenzó a jugar con sus cabellos, a descifrar nuevos signos para los sueños que se anunciaban a discreción.

El poeta se desprende de un alero de la casa (donde suele meditar) y desciende a acariciar la belleza que la mujer, Ayarí siempre, propone al tacto por demás enternecido.

La mujer habla con mesura de su pertenencia a la vida extática del coito, almeja nunca apaciguada por la permanente perla. Acuerdan cenar los amantes y sus ojos ríen.

El festín se abre en comestibles pétalos oriundos del mar y las profundidades. En cada bocado se oye el galope de inquietos hipocampos.

La pareja se entrega a la comunión de las bocas y las pieles enfebrecidas.

(Las sillas de la casa aplauden con ecos de maderas y clavos cabezones).

XXXVII

La ventana del dormitorio traga la luz que corretea tras el gallo blanco. Me fío de ese portento y conduzco a Ayarí al rincón acolchonado. Mi voz, suave y penetrante, le llega por ondas de poesía a su oído. Imito el asalto del gallo sobre el plumaje hembra. La luz se agranda y acrisola los metales sexuales que se funden.

Celebramos con renovados abrazos y plural ardentía los destellos del alba que entona madrigales. (A la intemperie, la casa encuentra el balance de distintos colores). El candelabro y las sombras que le pertenecen por adopción, acercan la lejanía de los límites y por ventura inventan un cielo casero sólo para dos.

Las imágenes del sueño reconfortan la sagrada esencia de la noche. El dormitorio alucinado sosiega la embriaguez de las aguas que fluyen semanales por las cuatro direcciones de la cama.

Al final, el cuerpo de Ayarí se allana en mis manos y la inquieta tormenta se apacigua temporalmente hasta la nueva llamada de la noche que urge.

XXXVIII

Mi amante todavía más embellecida me suele sumergir en la poza donde aletean secretos mayores y menores en procura de besos perpendiculares. Su avasallante permanencia embarga mi pensamiento con la imagen que se sigue proyectando en compañía de la alegría. Yo surjo único en la sala de la casa y de taumaturgia me reconozco y avanzo.

Le propongo a Ayarí la cacería de los grillos que consumen galletas de la noche. Seguimos el derrotero del no extravío y lanzamos cartas vegetales a lo lejos de los escondites. Con jaulas de dedos aprisionamos a los insectos chirriadores y luego la fatiga nos hace caer enredados por las cinturas.

Siguiendo la mirada augural de la casa nos adentramos en el aposento para viajar mil y una noches de alfombra. La travesía finaliza en litorales de estrellas arrojadas por las velas encendidas sobre el techo blanqueado.

La casa del fiel esparcimiento se acuesta para que los sueños de quienes la habitan la conduzcan a su merecida condición de señorío.

XXXIX

El poeta mora en casa afuturada con enlaces vegetales y piedras de agua para mirar las alegorías y la contentura. También el agua suele precipitarse desde las copas de los árboles entrecruzándose en círculos que alteran las leyes domésticas.

El rostro del poeta se surca de maravillas al intuir la aparición de Ayarí, envuelta en halo de plenitud y expectación de certezas amorosas.

Profunda se torna la aspiración ecuánime de los amantes bajo la nocturnancia. Palpan y se encrespan las epidermis para lo rotundo que se incrusta en la infinitud del corazón.

La medianoche trasborda su hito y un relámpago que resopla inunda los desvestidos cuerpos tentados por la permanencia.

El soñar, aprendido de la inteligencia de las caricias, coloca nubes en las horizontalidades que aprehenden trashumancias para desplegar lo íntimo y veraz.



XL

Trepé definitivamente a la coyuntura del amor, embellecida una y muchas veces. Ayarí ascendió conmigo tras abrir las puertas emotivas de la casa y permitir el ingreso de las aves que se encienden.

La exacta hora nocturna disparó sus dardos contra nuestra púrpura palpitación. Crecimos de inmediato envueltos en el manto de la ternura, seguros de nuestro acierto.

Ayarí se colocó de espaldas a mí. Dos botones de fresa le brotaron del pecho. Mi boca chupó el néctar del imposible olvido y recorrí la cobertura interna de su hecho de mujer.

Fui de ofrenda en ofrenda brindándole tributos a la figura femenina, exornada por la piel sorprendente venida de los aleros de la oscuridad.

Sus gestos de placer y satisfacción me incumben hacia el alma alojada en los intestinos. Esta mujer trazó un arco en su parábola y me enseñó la grandeza de sus músculos, despiertos y musicales.

Quedé prendado de los labios de Ayarí y de la inteligencia que los fecunda. Ahora mis bigotes reflejan el bullicio labial y bailan, sin agotarse, sobre su espalda nunca apaciguada.

Noto cada noche, precedido de la casa que me habita, sus facciones en donde la elegancia y el ensueño se amaridan para que yo sea su hombre y la colme de poesía seminal y esplendente.